

MELISA

SOFÍA PARRA



roomie
EDICIONES 

© de la obra: Sofía Parra

© de la corrección: Gonnhe

© de las galeradas: Estefanía Carmona (Jacaranda Servicios Editoriales)

© de la ilustración de cubierta e interiores: Naranjalidad (Beatriz Ramo)

© de los detalles interiores (flores y ramas): Olga Begak

© del diseño gráfico de cubierta e interiores: Gonnhe

© de la presente edición: Roomie Ediciones

www.roomieediciones.com

   RoomieEdiciones

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-123737-7-6

Depósito legal: V_1208_2022

Thema / IBIC: YF, YX

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Atención: esta información puede contener datos relevantes sobre la trama.

Alcohol, drogas; ansiedad, depresión; maltrato infantil; violación, violencia de género.

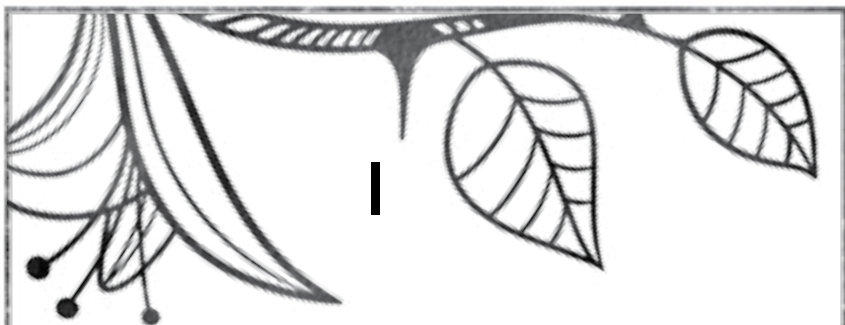
Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

A las mujeres a las que obligaron a dejar de respirar,
a las que todavía hoy son silenciadas
y a las supervivientes que consiguieron escapar.

PARTE I

«Los gritos silenciados durante años
ahora se empiezan a escuchar.
¿Estás preparado?».



El movimiento de la máquina de hilar de mi abuela siempre me hipnotizaba. El sonido de sus pies empujando el pedal para hacer girar la rueca me encantaba y me ayudaba a desconectar de las constantes humillaciones de mi padre.

Nadie lo interrumpía cuando me golpeaba, me gritaba y me insultaba. Mi madre miraba para otro lado y mi abuela, la madre de mi padre, continuaba hilando la lana que su sobrino, el pastor, le traía casi a diario.

Mi padre se reía de mí por mi peso. Hasta que di el estirón.

Mi padre se jactaba de mí si ayudaba a mi madre. Hasta que dejé de hacerlo.

Al final me limité a imitarle, a copiar cada una de sus acciones, y aprendí a ser el hombre que él quería que fuera para ganarme su respeto.

Porque yo quería ser como él.



209 DÍAS

PARA EL DÍA 0

CARMEN

Su desaparición lo cambió todo, pero su regreso no arregló nada.

A pesar de que hayan pasado cuatro años, todavía recuerdo cuando mi madre entró en mi habitación y dijo las palabras que tanto tiempo llevaba queriendo escuchar.

Entonces pensaba que serían un conjuro mágico que arreglaría todo lo que sucedía en mi casa. ~~Qué ilusa era...~~ Qué ilusa soy, porque todavía sigo pensando que en algún momento todo cambiará.

Ese día lloré y me acurruqué en los brazos de mi madre, mi pequeño refugio de paredes dañadas. Ella me limpió con cuidado la cara humedecida y me besó la frente.

Le pregunté si podía ver a mi amiga, ingenua de mí. Creo que pensaba que se había ido de vacaciones con un señor al que no quería acompañar, pero por fin su padre la había encontrado y traía sus maletas tal cual salieron de casa.

Mi padre llegó poco después. Hacía semanas que no veía su sonrisa torcida, y sus ojos tan solo tenían un matiz rojizo y brillante, nada comparado con los meses anteriores. Andaba recto, arrastrando los bordes de los pantalones, que ya no se sujetaban a la altura de la cintura por culpa de la enorme tripa que le había salido debido a las cervezas que se tomaba día sí y día también.

Nos abrazó a mi madre y a mí y tras unos segundos apoyadas contra su pecho nos dejó varios besos repartidos por la cabeza. A continuación, nos ordenó que fuéramos al salón y, con un tercio en la mano y tirado sobre el sofá central, nos contó cómo se enteró de quién era el culpable de lo que le había pasado a mi amiga.

Esa noche no hubo golpes, tampoco gritos.

Aunque no duró mucho tiempo.

A veces, al entrar en el salón, esa escena me viene a la mente como cuando subes las persianas y el sol mañanero te golpea con fuerza.

Cojo la mochila que tengo tirada junto al sofá, me acerco a mi madre, que está limpiando en la cocina, y le doy un abrazo. Me fijo en su mejilla violácea y en su sonrisa tirante y me siento culpable y egoísta por dejarla encerrada en casa para huir al instituto.

Pero, por otro lado, una sensación de tranquilidad me recorre el cuerpo de arriba abajo. Durante las seis horas que duran las clases, estaré protegida, porque allí él no está.

Hoy Gazania no ha venido. Nadie dice nada porque todos sabemos que puede estar en el médico, en el psicólogo o en cualquier otro sitio a los que va desde que logró escapar.

Seguramente, esta tarde nos mande un mensaje y nos pida los deberes y los apuntes. Así que intento esforzarme y estar muy atenta para no perderme ningún detalle.

Pero la realidad es que no soy capaz de estar todo el rato pendiente de las explicaciones de los profesores. A la mitad de la primera clase del día, me pongo a dibujar al final del cuaderno de cuadritos. La punta del bolígrafo se clava en el papel, sin traspasarlo, y se mueve de un lado a

otro con personalidad propia. Ojalá fuera tan solo esto: un dibujo que cada día cambia y que no siente nada.

Miro el reloj que llevo escondido en el interior del estuche y me doy cuenta de que todavía quedan diez minutos para terminar Matemáticas. Resoplo y el flequillo se me mueve. Odio esta asignatura y me cuesta mucho concentrarme. La orientadora dice que tengo que esforzarme en prestar atención al profesor, pero no puedo.

Al menos después del recreo tengo Arte. Lo único malo es que Daniela y Óscar tienen Música.

Llevo ya varios años en el instituto, yendo a clase con alumnos de diferentes pueblos, además de con mis compañeros del colegio, y aun así no he conectado con otros. No me gusta abrirme a las personas ni fingir que me interesan sus problemas.

Cuando nos juntamos en el descanso con Izarbe, Martín, Lucas y Ana, intento mantenerme callada; les escucho mientras pienso en el dibujo que haré en la siguiente clase o mientras sueño con cómo sería estudiar Bellas Artes lejos de casa.

—Este fin de semana vamos a ir a hacer una ruta andando, ¿os apetece venir? —nos propone Izarbe, atándose las deportivas nuevas.

Llevo el pelo anaranjado recogido en una coleta que le llega por debajo de los hombros. El sábado se fue de compras con sus hermanas mayores, creo que comentó ayer, y por eso toda la ropa que lleva esta semana es nueva.

No recuerdo la última vez que fui de tiendas. Los pantalones que llevo fueron el regalo de mi abuela de hace dos cumpleaños.


—Por mí bien —dice Daniela, dando saltitos—. Le pregunto a mi padre si nos puede llevar a tu pueblo y esta tarde hablo con Ga-

zania. —Mi amiga se gira y nos mira a los ojos con la emoción reflejándose en ellos—. Óscar, ¿te apuntas? ¿Y tú, Carmen?

Mi amigo asiente y yo me limito a encogerme de hombros. Es bastante probable que el Dragón no me deje ir. Le gusta controlar todo e ir de excursión por la montaña es algo que se saldría de su radar.

Finjo una sonrisa y la dejo pegada a mi rostro, así nadie puede adivinar los pensamientos que me inundan en estos momentos.

MELISA



Introduzco el trapo en el cubo de agua, lo saco y escurro el exceso de líquido. Luego lo paso por la encimera de la cocina, que tiene migas de pan de la tostada que le he hecho a Carmen.

La ventana está entornada y puedo oír el piar de los pájaros, que saltan de un árbol a otro. Todavía es pronto para escuchar el murmullo de los vecinos pasando por la calle a hacer sus recados y las furgonetas trayendo el reparto.

Una ráfaga de viento me acaricia la piel y me estremece. Debería coger una chaqueta para taparme los hombros, pero eso implicaría ir a la habitación y, si despierto a Abel, no quiero ni pensar en cómo acabaría.

Aunque es inevitable que lo imagine. La imagen viene a mí antes de que consiga bloquearla.

Su cuerpo levantándose a trompicones de la cama porque aún está adormilado, sus manos agarrándome el cabello o quizá lo brazos, si le pillan mejor. Con suerte, caería sobre el colchón; si no, sobre el suelo, y puede que antes me golpease con la mesilla de noche en la cabeza o con la cómoda en la espalda.

Vuelvo a aclarar el trapo y lo paso por la puerta de la nevera y por la lavadora.

Cuando me llegan sus primeros murmullos, pongo el cazo con la leche a calentar, enciendo otro fuego y coloco una sartén. Mientras tanto, echo una cucharada de café y otra de miel en su taza de siempre, esa que lleva el logotipo de nuestra empresa; bueno, de su empresa, porque yo nunca he trabajado en ella, ni en ningún sitio.

En cuanto cruza la puerta, el desayuno está colocado en su lado de la mesa.

—Buenos días —digo, bajito, para no molestarle con mi timbre de voz, demasiado agudo y demasiado chillón.

Pasa por mi lado, me roza el brazo con el suyo y me responde con su habitual gruñido antes de dejarse caer sobre la silla.

Me siento enfrente de él y le hago compañía hasta que termina. Lo escucho susurrar —cada vez más alto, según el café desciende— sobre todo el trabajo que tiene que realizar hoy.

Se levanta de la mesa, la recojo y, en el instante en el que sale de la ducha, la taza y los cubiertos están fregados y tiene el almuerzo preparado en la mochila, colocada sobre la encimera.

Y como todos los días, al cerrarse la puerta, un suspiro se escapa de mis labios y mi mano se mueve de forma instintiva a mi oreja derecha para acariciarla.

Tengo muchas cosas que hacer. Debería ir a comprar antes de que sean las doce de la mañana, la hora preferida de los vecinos para ir a las tiendas.

Me encierro en el cuarto de baño, sin el pestillo, y reviso el color de mi mejilla. Todavía voy a tener que ponerle una capa de corrector y maquillaje para evitar que la gente se preocupe sin necesidad. Evito devolverme la mirada en el espejo.

Antes de salir de casa, busco las gafas de sol negras que me regaló Abel por mi cumpleaños y un pañuelo para tapar los últimos rastros de unos arañazos que tengo en el cuello.

Cojo el carro de la compra y voy a la frutería y a la carnicería de Libertad. En ambos establecimientos me atienden rápido, y más gracias a que no les doy conversación. Les respondo con monosílabos y asintiendo.

Abel piensa que solo quieren sacarme información para comentarla con el resto de los clientes. «Los pueblos viven de los cotilleos, parece mentira que te hayas criado aquí y todavía no lo sepas», dice constantemente.

Justo antes de salir de la carnicería, Libertad me pregunta por Carmen. Me giro como un robot, con movimientos mecánicos, y obligo a las comisuras de mis labios a elevarse. Espero no decir nada inapropiado.

—Carmen lleva muy bien el instituto, como siempre.

—Me alegro mucho. Mi sobrino, el hijo de mi hermana, la que vive en Albañia, está muy agobiado con el nuevo curso. Este año le tocó con Carmen, ¿verdad?

En mi cabeza solo escucho una voz rebotando de un lado a otro y repitiendo que termine la conversación cuanto antes.

—Es verdad que este año tienen unos profesores más exigentes —hago una pausa, en busca de una forma de terminar la conversación—, pero seguro que todos acaban sacando los exámenes con buenas notas.

—Eso le digo a mi hermana.

Aprovecho el silencio que se genera entre ambas para avanzar un par de pasos hacia la puerta.

—Melisa, un día que mi hermana se digne a bajar a tomar café te tienes que pasar, porque seguro que hace siglos que no os veis. Y ahora con los niños en la misma clase...

Odio este tipo de propuestas.

Siento una mano estrangularme el estómago y un pequeño escalofrío recorriéndome los brazos de abajo arriba. ¿Hace demasiado frío en el local o me lo parece solo a mí? Necesito marcharme.

—Ya vamos hablando, que hoy tengo bastante prisa.

—¿Vas a ver a tus padres? —insiste.

Solo quiere saber cosas de mí para luego contárselas a mis vecinas. Me van a criticar, mi nombre saldrá en sus conversaciones. No quiero seguir hablando con ella.

—Sí, me están esperando.

Y, por fin, logro escapar.

Tiro del carro con fuerza y me alejo de las calles principales para internarme en otras menos concurridas. Cuando estoy segura de que no hay nadie a mi alrededor, tomo una gran bocanada de aire para controlar el temblor de las manos y el dolor de garganta, que intenta hacerme llorar.

Hoy no es un buen día para visitar a mis padres. Mejor mañana, o incluso a final de la semana.

DRAGÓN



Cuelgo el teléfono y golpeo con fuerza la mesa. Estoy hasta el coño de que los niños me cancelen las reservas en el último momento. ¿Cómo relleno el hueco de esta tarde? Bastante me costó levantar el negocio después de lo que hizo el cabrón de Gabriel como para ahora tener que estar aguantando estas gilipolleces.

A partir de ahora, les cobraré el setenta y cinco por ciento de la actividad por adelantado; así, si no vienen, les joderá más perder tanto. Parece que solo el veinticinco no les afecta.

Como el mes siga así, voy a estar jodido, y no creo que mi suegro me vuelva a dar pasta, menos si nos seguimos cruzando por el bar.

Melisa no lo sabe, pero ya he tenido un par de encontronazos con su padre. A ella nunca le dice nada porque sigue siendo su niña mimada y que nunca levanta la voz. En cambio, a mí no para de amenazarme con triquiñuelas y de insultarme. La última vez no paró de llamarme borracho y de acusarme de no ocuparme de mi familia. ¿Y él que sabrá? ¿Está en casa para ver lo que ocurre entre nuestras cuatro paredes?

Reviso de nuevo la agenda de la semana y entre los tachones y mi letra regulara consigo adivinar el número de excursiones que tengo preparadas. No son muchas, así que me va a tocar ir a hablar con el dueño del hotel y ver si tiene turistas para estos días y así llenar el cupo.

Cierro el local a la una y media, me llevo el teléfono del trabajo por si acaso y me marcho a uno de los bares del pueblo, el que está más alejado y por dentro dispone de una sala escondida. Suele estar reservada para celebraciones especiales, aunque estoy seguro de que podré tomarme mis cañas allí tranquilamente.

Recorro las calles del pueblo mientras recuerdo cómo durante un año estuvieron ocupadas por decenas de medios de televisión y el turismo natural fue sustituido por el tanatoturismo. Fueron tiempos duros. Al final, la cría apareció y el tiempo hizo que la localidad volviera a tener su encanto gracias a una situación idílica medioambiental. La etiqueta del suceso no ha llegado a borrarse, ni creo que lo haga.

Antes de entrar en el bar, compruebo que no está mi suegro por los alrededores ni en el interior del local. Pido en la barra y le digo al camarero que me lo sirva dentro; le dejaré una propinilla por el esfuerzo.

Me evado de mis pensamientos entre trago y trago. La espuma se contonea en mis labios y luego desciende por mi garganta, lo que me refresca y me deja la mente en blanco. Las voces de mi cabeza desaparecen junto a mis preocupaciones, obligaciones y familia. Vuelvo a ser una persona sin nada, joven y libre.

Me acaricio la barriga en un acto inconsciente y sonrío; es el fiel reflejo de todo lo que he conseguido. Cuando era joven, siempre era el segundo o el tercero de mi peña en beber más cantidad de cubatas. Si nos volviéramos a juntar este año, sería el primero.

Mis compañeros de juergas ya no son los mismos. Desde que se casaron y formaron una familia, aparcaron ese instinto fiestero y se anclaron a las obligaciones. Han perdido su esencia en un acto que no les correspondía, para eso están las mujeres.

Me termino el quinto tercio, pago la cuenta con rapidez y vuelvo a casa. Antes de salir, miro a ambos lados de la calle y me parece ver a mi suegro alejarse de espaldas al local. Aprovecho y huyo hacia mi casa.

Como todos los días, la llave no entra a la primera en la hendidura. Voy a tener que llamar a Fidel para que la arregle. No puede ser que sigamos con estos problemas. Es la quinta vez en lo que llevamos de año que tengo que llamarle. Él insiste en que no hay ningún error en la cerradura... ¡Que haga bien su trabajo y después se queje de los clientes!

Dejo la chaqueta tirada en el recibidor y paso por la puerta de la cocina. Melisa está terminando de preparar la comida, aunque ya debería estar lista y servida.

Hoy le voy a dar un pase.

Entro en el comedor y enciendo el televisor. Ignoro el saludo de mi hija mientras me siento en mi silla, presidiendo la mesa.

—No te quedes ahí y tráeme una cerveza —le digo sin apartar la vista de las noticias.

El bote de cristal se apoya con delicadeza, delante de mí, con unos mejillones en escabeche de acompañamiento. Sí que está bien enseñada esta cría. Si fuese un hombre, ya le habría mandado a trabajar al bar, porque tiene maneras.

—Papá —su voz chillona interrumpe al presentador—, ¿puedo ir al pueblo de Izarbe este sábado a hacer una ruta de senderismo?

Tardo unos segundos en procesar la información. ¿Se cree que es el mejor momento para preguntar eso? Parece mentira que viva en esta casa.

—¿Tú te piensas que yo voy a llevarte al pueblo de esa niñaata?

Carmen tiene muchos pájaros en la cabeza, como su madre. No sé cómo he podido consentirlo.

—Nos va a llevar y recoger el padre de Daniela.

Y sigue insistiendo. El marido que coja a esta va a tener que usar más mano dura...

—Encima con la marimacho esa. Ya te he dicho que no me gusta que te juntes con ella, a ver si te va a pegar algo.

El silencio vuelve y solo se escucha la voz de la periodista, que lleva un escote bien hermoso. Estos de la televisión sí que saben cómo contentar a los espectadores. Está cubriendo una noticia en un pueblo de Andalucía, pero ojalá fuese la presentadora de algún programa, porque está...

—Entonces...

Pero no termina la frase: ya sabe lo que viene.

—No.

No sigue insistiendo. Al menos sabe que un no de su padre es un no, sin discusiones.

Se marcha a la cocina a ayudar a su madre, como debe hacer, y me deja solo. ¡Qué tranquilidad sin tener que aguantar tonterías adolescentes y femeninas!

La voz de la presentadora hace que los ojos se me abran de golpe: «Por fin podemos anunciar que esta casa tendrá en exclusiva la primera entrevista de Gazania Montaner, la niña que fue recluida durante más de un año. No se pierdan su testimonio este sábado a las diez y media de la noche».

—¡La madre que la parió! —grito—. Esta nos vuelve a hundir el pueblo. No podría quedarse callada, como las putas en su casa.

CARMEN



Vuelvo a la cocina con la certeza de saber la respuesta antes de pronunciar la pregunta.

—Mamá, ¿puedo ir este fin de semana con Daniela y Óscar al pueblo de Izarbe a hacer una ruta de senderismo?

—Eso pregúntaselo a tu padre. Ya sabes que es el que manda.

Ella continúa, como si fuera un robot, preparando la ensaladilla. Coloca las aceitunas formando un círculo y, entre medias, unas tiras de pimiento rojo. Después culmina la decoración con unos espárragos blancos, como le gusta a mi padre.

—Me ha dicho que no.

—Pues no puedo hacer nada. Quizá la próxima vez te deje ir.

—Pero... mis amigos...

Sé que insistir no funciona con ninguno de los dos. Si él dice que no, ella también; lo que él diga es lo que cuenta. Siempre es así.

—Puedes aprovechar para estudiar esos exámenes que tienes a final de mes. Así sacarás muy buenas notas y en unos años podrás estudiar la carrera que quieras. Estoy segura de que te darán una beca y con ella podrás ir a la universidad. Tendrás un buen trabajo, vivirás donde tú quieras y podrás hacer lo que tú decidas.

Eso parece demasiado lejano, pero es el único consuelo que tengo.

Un suspiro se escapa de mis labios y me tengo que esforzar por no dejar pasar también unas lágrimas traicioneras que me han nacido en los ojos.

Mi madre se lava las manos y me abraza. Me da un beso en el pelo y se queda ahí quieta durante unos segundos.

—¡La madre que la parió! —El grito del Dragón nos asusta y nos separamos.

Corremos al salón y comprobamos que todo está en su sitio. El botellín no se ha caído ni hay ningún desperfecto. Esa frase no ha sido consecuencia de ningún error nuestro.

—El sábado entrevistan en la televisión a tu amiguita. —Me señala con el dedo—. Espero que no la líe como cuando la secuestraron. Gabriel estaba tocado de aquí arriba —se toca la frente—, pero la cría iba por ahí provocándole.

No quiero escuchar esas palabras. Gazania no hizo nada, nos lo explicaron en el instituto y antes en el colegio. Ella no fue la culpable.

Niego de forma imperceptible con la cabeza y mi padre me observa con el ceño fruncido.

—No me repliques.

Quizá no he sido tan sigilosa como quería.

—Uno de los periódicos más grandes del país, eso que ni tú ni tu madre leéis nunca porque sois unas incultas, ha publicado unos diarios de Gabriel, y ahí contaba cómo la puta lo miraba y le sonreía. —Le da un sorbo a la cerveza y yo aprovecho para morderme la mejilla por dentro—. Más te vale que tú no vayas por ahí haciéndole ojitos a los hombres. Lo que me faltaba ya, tener una garra bajo mi techo.

Trago saliva. Ya no me importa la excursión, ha quedado relegada a un segundo o tercer plano.

Odio que me hable así y, sobre todo, odio lo que me dice.

Mi madre vuelve a la cocina y trae la comida. Yo me he quedado petrificada en medio de la estancia sin abrir la boca y sin mover ninguna parte del cuerpo. ¿Para qué? Estoy mejor así: sin opinar y quieta. Hacer lo contrario es un aliciente para ser castigada.

Cuando mi padre se echa la siesta después de tomarse la tercera cerveza, aprovecho para coger el teléfono fijo y llamar a Gazania. Seguro que necesita los deberes y, en caso de que no esté, puedo dejarle un mensaje de voz. Luego tan solo tengo que borrar la llamada del registro.

—Hola, ¿quién llama? —pregunta el novio del padre de Gazania.

Trago saliva, no esperaba que otra persona que no fuera mi amiga descolgara el teléfono, y cojo fuerzas para empezar a hablar.

—Soy Carmen. ¿Está Gazania?

Se escuchan unas risas de fondo, un objeto golpeándose contra una superficie y más risas. ¿Hace cuánto tiempo que no se escuchan esos sonidos en mi casa?

—Sí, enseguida se pone.

Aprovecho para asomarme por el pasillo y comprobar que mi padre sigue durmiendo. Lo pillo girando el cuerpo y quedando de cara al respaldo. Ojalá mi amiga no tarde mucho en responder, porque ese cambio de postura solo significa que pronto se va a despertar.

—¿Sí? —la voz de Gazania me obliga a concentrarme en la llamada.

—Hola, Gazania. Te llamaba para darte los deberes de hoy.

—¡Muchas gracias, Carmen! Estaba pensando en llamarte más tarde por si estabas comiendo.

—No, tranquila. Ya he acabado.

Le dicto los ejercicios que tenemos que entregar y los trabajos que nos han mandado para la semana que viene.

—¡Se han pasado un montón! —grita mi amiga mientras termina de escribir los últimos detalles.

Asiento con la cabeza, nerviosa. El Dragón se va a despertar muy pronto. Tengo que cortar la llamada cuanto antes, pero tengo que preguntarle antes una cosa.

Gazania se me adelanta:

—¿Han mandado algo más?

—Eso es todo. —Hago una pausa sin apartar la vista del pasillo—. Ha salido en la tele el anuncio de tu entrevista... —Me vuelvo a quedar callada porque tampoco sé qué más decirle.

Suspira.

—Sí, bueno..., no me apetece mucho hablar de eso. Es una entrevista con una periodista y, con todas las cosas que se están diciendo, quiero que se sepa la verdad —susurra—. La gente solo se cree lo que sale en la tele o en los periódicos, y muchas veces *tragiversan* la realidad para engañar a las personas.

—Tergiversan —la corrijo, y me río para quitarle hierro a la situación.

—Eso, eso. ¡Odio esa palabra!

Gazania no habla mucho de lo que pasó, y las pocas veces que lo hace son para señalar cada una de las mentiras que ha sacado la prensa.

Al principio, cuando volvió, le hicimos muchas preguntas. No entendíamos muy bien qué había pasado, pero ella decidió no responder a ninguna.

Había días que nos enfadábamos con ella porque no nos quería contar la verdad, aunque al final entendimos, gracias a los profesores,

la orientadora y una psicóloga que vino algunos días al instituto, que cada uno tiene el derecho de decidir qué contar, y no por ello Gazania era menos amiga nuestra.

Escucho el bostezo de mi padre y me obligo a acabar la conversación.

—Me tengo que ir —digo corriendo. Sin darle tiempo a decir nada, me despido y cuelgo.

Comienzo a borrar la llamada intercalando la mirada entre los botones del teléfono y la puerta del salón.

El Dragón golpea varias veces el suelo con el zapato.

El teléfono se me resiste y me obliga a volver a empezar el procedimiento.

El Dragón repite el mismo ruido, seguramente con la segunda bota.

En la pantalla del teléfono pone que se está eliminando la llamada y aparece un icono con la palabra *cargando*.

El sofá en el que mi padre se echa la siesta chirría. Se ha levantado.

Oigo sus pasos acercándose y veo su mano derecha apoyada en el marco de la puerta.

Y, justo cuando su cabeza va a pasar por debajo del marco, el teléfono me indica que la llamada se ha borrado.

Huyo a mi habitación y desde allí escucho cómo el Dragón grita que le han cancelado una excursión para esta tarde.

207 DÍAS

PARA EL DÍA 0

MELISA

23 AÑOS ANTES DEL DÍA 0

Cuando era pequeña, me gustaba observar a las vecinas utilizando la rueca. El sonido de la máquina trabajando me hacía salir del portal de casa e ir a hurtadillas hasta su ventana; allí miraba los movimientos continuos de sus manos y pies.

Las señoras, dos hermanas que vestían con ropa oscura y tenían el pelo recogido en apretados moños, no hablaban entre ellas, tampoco levantaban la vista de su tarea.

En contra de lo que muchas personas pensaban, no quería ser como ellas. Pero, al escuchar ese ruido tan significativo, una cuerda invisible me rodeaba el cuerpo y me hacía caminar hacia allí.

También me pasaba largas tardes sentada a los pies de mi padre, contemplando cómo arreglaba los bajos del pantalón del carnicero, un agujero en el pantalón del chándal de una compañera de clase o elaboraba un vestido para una vecina que tenía una boda ese fin de semana.

Sabía que las telas, los hilos y la lana me encantaban, pero no tenía claro si quería aprender más sobre ello. Total, el futuro estaba muy lejos, aunque mi padre siempre me preguntaba por él.

Era todavía una niña y no me preocupaba el mañana. Me gustaba jugar a la comba con las demás, aun teniendo miedo de los niños mayores, que llegaban con su balón de fútbol y lo lanzaban entre las cuerdas.

Más de una vez me había caído por culpa de sus ideas de bombero; por no hablar de los enormes moratones que me decoraban el cuerpo tras esos encontronazos.

Por eso, siempre que los veía pasar por debajo del arco que presidía la calle, salía corriendo y volvía a casa. Después de varios meses, no me veía capacitada para enfrentarme a ellos ni para soportar sus burlas. Sus palabras y sus risas eran más dañinas que los cientos de golpes que recibía de sus pelotas.

Y entre mi rutina de telas, algodón y amigas estaban las horas que pasaba en el colegio. No recuerdo el primer momento en el que pensé que yo no valía para estudiar. Quizá fue cuando un profesor me devolvió una redacción y me aseguró que no podría ser profesora, o cuando una maestra insistió en que ni se me pasara por la cabeza estudiar medicina. Tendría ocho años y nadie del equipo directivo de mi colegio tenía especial confianza en mí.

La verdad es que no destacaba en nada: no hablaba en clase y entregaba los deberes de manera habitual, aunque luego en los exámenes era incapaz de llegar al bien por muchas horas que estudiara.

Tampoco interactuaba con mis compañeros a no ser que fueran ellos los que llevaran la voz cantante. Me dejaba guiar por los demás: prefería adaptarme a mi grupo a que descubrieran mi verdadero interior y decidieran alejarse de mí. No escondía nada, mi amigo invisible hacía tiempo que ya no me visitaba, pero siempre hay cosas de las otras personas que no nos gustan, y yo era más de convertirme en la amiga perfecta para cada una de ellas. Así me aseguraba de que continuaban a mi lado.

Sin embargo, los años pasaron, el instituto sustituyó al colegio, mis amigas siguieron estando ahí y los niños crecieron.

Cada día me sentía más perdida en cuanto a mi futuro, y mis padres, aunque intentaban ayudarme, no entendían mis sentimientos. No me esforzaba por explicarles lo que me pasaba por la cabeza y ni sabía cómo hacerlo. En el instituto lo más importante era encontrar un novio.

CARMEN



¿Alguna vez has reparado en el sonido que origina un golpe?

No hay una única respuesta porque depende del objeto o el elemento con el que se realice el estoque.

A veces, es seco; otras, ruidoso o reverberante. Te voy a contar un secreto: yo ya no los escucho. He ideado una táctica para conseguir aislarme de ello y de los pinchazos que me producen en el pecho. Me ha costado mucho tiempo encontrar la clave, pero, por fin, he dado con ella.

Me tumbo en la cama tras echar el pestillo, cierro los ojos, agarro con fuerza las sábanas y me centro en la respiración. Prefiero estar dormida, como la Bella Durmiente, que despierta y contemplando la realidad que me rodea.

Aunque, a la vez, la culpa me persigue. Porque para conseguir liberarme de esos golpes invisibles que siento en el corazón tengo que cerrar la puerta a mis pesadillas, y eso significa dejar a mi madre en manos del monstruo de la casa.

Me gustaría encontrar la forma de que ella también se tumbe conmigo, a salvo de él, pero eso es imposible. O al menos no encuentro una solución factible y tampoco sé con quién hablarlo.

¿A Gazania le pasaría esto cuando estuvo secuestrada?

Me gustaría preguntárselo, aunque sé que no quiere hablar de ello, de lo que ocurrió allí.

En el momento en el que escucho la puerta de casa cerrándose, me permito prestar atención de nuevo al resto de los sonidos: la lavadora sonando, el crujir de la madera y los pies de mi madre recorriendo el suelo.

Me alejo de la cama y me siento frente al escritorio. Enciendo el ordenador y vuelvo a la búsqueda que inicié días atrás: universidades en las que estudiar Bellas Artes y becas para ello.

Uno de los detonantes de la ira del Dragón, si bien la mayoría de veces no es necesario ninguno, es el dinero. El jodido y asqueroso dinero. Tengo quince años, pero ya tengo claro que el dinero mueve montañas e incluso planetas. El dinero es el arma más letal de todas; bueno, no el dinero en sí, sino el concepto del dinero. El tener mucho, el no tener y el tener y ansiar más.

Y está claro que mi padre no me va a pagar unos estudios más allá de los que pueda cursar en San Vicente de la Montaña.

Empiezo buscando las ciudades españolas más baratas para vivir y, a continuación, selecciono aquellas que tengan disponible el Grado de Bellas Artes. Las opciones son escasas, la verdad, aunque ahí están.

Hago un montaje de las tres mejores opciones dentro de mis posibilidades y lo imprimo. Tengo pensado colgarlo en alguna parte de la habitación, que esté lejos de los ojos del Dragón, para motivarme cada día.

Después me pongo con la parte más difícil: la económica. Mi padre no está dispuesto a darme dinero ni tampoco la autorización para trabajar siendo menor de edad.

Los números no son algo que se me dé demasiado bien; sin embargo, busco los precios de una habitación en cada ciudad y, junto a la matrícula y los materiales requeridos por la universidad, hago una estimación del dinero que necesito para el primer curso.

Sumo las cifras y al ver el total, me echo a llorar.

Es una cantidad demasiado grande, más de lo que pensaba, y, sobre todo, bastante difícil de alcanzar.

Dejo que las lágrimas empapen el papel hasta que se gastan y comienzo a sentir los brazos de mi madre rodeándome la espalda. Mira los papeles que tengo sobre el escritorio y lee las palabras que he puesto en el buscador de Internet.

—Cariño, lo vamos a conseguir —me murmura contra el pelo, y sale de mi habitación siendo tan sigilosa como cuando ha entrado.

Unos minutos después, aparece con una caja de zapatos, escribe una gran equis en uno de los laterales e introduce un billete de cinco euros.

—Esta es una caja donde he estado guardando dinero sin que tu padre se diera cuenta. Serán tus primeros ahorros para la universidad.

Me quedo mirándola sin palabras.

Mi madre, la que está aguantando mentalmente cada palabra en su contra y físicamente cada impacto contra su piel, lleva un tiempo jugando a la ruleta rusa al esconder esto para mi futuro.

Y entonces la realidad me golpea con fuerza y hace que una duda aflore en mi mente: llegado el momento, ¿sería capaz de dejar a mi madre sola, en este pueblo que se niega a ver lo que ocurre en esta casa, a merced del Dragón? ¿Sería capaz de cerrar la puerta más grande que

existe, la distancia, y alejarme corriendo un tupido velo, el más grueso que hubiera en una tienda de telas, para no escuchar sus gritos y sus lamentos?

DRAGÓN



El sabor amargo de la cerveza me recorre la garganta. Después, la calada hace que mi cuerpo se relaje y me quita, en parte, las ganas de destrozarme todo mi negocio.

Hasta el más tonto de San Vicente de la Montaña se daría cuenta de que llevo una semana recibiendo muchas cancelaciones, más de las habituales. Y, en cambio, cada vez que paso por los espacios naturales donde se desarrollan las actividades hay más turistas que nunca.

Saco de la nevera que tengo en la trastienda otra cerveza y vuelvo a mi asiento junto al teléfono y la televisión situada enfrente de la puerta.

La campana colocada a la entrada del local me avisa de que alguien ha entrado, pero no es un turista, es mi amigo Tomás; compañero de aventuras de jóvenes y ahora compañero de lamentaciones, porque la vida no nos ha ido muy bien a ninguno de los dos.

—Tráeme una como la tuya —me dice, señalando la cerveza que tengo apoyada en la mesa.

Me alejo sin decir nada, es nuestra rutina habitual: él sale del trabajo, se pasa por aquí si estoy abierto y nos echamos unas cervezas juntos.

—¿Cómo va el negocio?

Le cuento las cancelaciones que he tenido durante las últimas semanas y empieza a descojonarse.

—¿De qué coño te ríes tú? —Planto con fuerza el botellín sobre la mesa y a punto estoy de romperlo.

—¿Y qué esperas, con la reseña que te han puesto en una de esas páginas de opiniones?

—¿Qué reseña?

Tomás se recrea en mi no entendimiento y le da un trago lento a su cerveza. Como tarde mucho en explicarme a qué se refiere, se la voy a estampar en la cabeza, a ver si así aprende.

Saca el teléfono del bolsillo y empieza a buscar. Tarda varios minutos en encontrar lo que me quiere enseñar; no sé si lo hace para cabrear-me o simplemente es que no lo ha encontrado a la primera.

—Mira esto.

Me pasa el móvil y leo el comentario.

MUY MALA EXPERIENCIA | ★ ☆ ☆ ☆ ☆

Lo peor de todo es que el monitor iba borracho. No estábamos seguros al principio, pero, una vez finalizada, nos dimos cuenta de que había bebido antes de la actividad. Además, sus explicaciones fueron pésimas. Nos llevamos una gran decepción y terminamos con miedo. Podría haber pasado cualquier cosa... No volveremos a contratar nada con esta compañía.

—La madre que los parió. ¡Serán hijos de puta!

Me quedo callado durante unos segundos, analizando cada una de las palabras que he leído. Busco en el libro donde registro todas las excursiones la que hice más próxima a la fecha en la que dejaron la reseña.

Leo el nombre de la reserva y me acuerdo perfectamente del grupo, de cómo fue y de mi estado. Había bebido lo de siempre, así que no entiendo el problema. Nunca ha pasado nada, tampoco sucedió nada reseñable ese día, y es la primera queja que tengo.

Todo esto me cabrea.

—¿Cómo coño los puedo denunciar? Me están arruinando el puto negocio de los cojones.

Tomás se ríe.

—Puedes escribir a la página y responder al comentario.

Y eso hago. Espero que con esto sea suficiente y los clientes dejen de huir.

Les desmiento todos los puntos. Aprovecho y añado alguna frase dando a entender que los asistentes no se callaron durante mis explicaciones y que los que aparecieron con más de una cerveza en el cuerpo fueron ellos y no yo. Total, nadie podrá corroborar ninguna de las dos versiones. Es la suya contra la mía. ¿Quién va a poder más?

Después escribo un correo a la página quejándome de que permitan este tipo de mentiras y les indico las pérdidas económicas que llevo a raíz del comentario. Las inflo un poco por si acaso cae alguna indemnización.

Tomás no deja de reírse mientras le voy leyendo lo que les he escrito. Al final, nuestro rato de birras ha sido diferente a otros, pero nos lo hemos pasado bien.

Cuando cierro la puerta del local, todavía tengo la adrenalina en el cuerpo. Parece mentira que un puto comentario me haya alterado tanto y contestarle con un mensaje me haya excitado.

Me despido de Tomás en la esquina de mi casa y entro al portal con ganas de follar y terminar de liberar toda la energía que me recorre el cuerpo. Es tarde, por lo que la cría ya estará en su cuarto.

Entro en casa, agarro a Melisa de la muñeca y la arrastro hasta la cama. La empujo para que caiga sobre el colchón y empiezo a desabrocharme el cinturón, que lleva todo el día apretándome demasiado.